

Roberto Follari*

Acerca de la interdisciplina: posibilidades y límites

Resumen | Se hace la crónica de los dos advenimientos de la interdisciplinariedad en México, y su vinculación con los acontecimientos políticos, culturales y académicos que vivía el país en los respectivos momentos. Se revisan las distintas esperanzas y desafíos que enfrenta la interdisciplinariedad en la práctica, en diferentes ámbitos de actividad (enseñanza, investigación), y se formulan algunas sugerencias sobre las diferentes modalidades que podría revestir una efectiva integración de disciplinas, capaz de superar la simple yuxtaposición de enfoques.

About Interdiscipline — Possibilities and Limits

Abstract | We attempt a brief chronicle of the two advents of interdisciplinarity to Mexican academic life, and their links to political, cultural and academic events in this country on both occasions. We review different hopes and challenges that interdisciplinarity faces in practice, regarding disparate fields of activity (teaching, research), and we propose a few suggestions concerning the forms that an effective integration of disciplines could assume, capable of transcending a simple juxtaposition of approaches.

Palabras clave | interdisciplinariedad – departamentalización – modos de producción de conocimiento – multidisciplinaria – transdisciplina

Keywords | interdisciplinarity – departmentalization – modes of knowledge production – multidisciplinary – transdisciplinarity

HA RETORNADO la interdisciplina al campo de la discusión sobre la ciencia. No es su primera entrada a escena: allá por los años setenta, en México fue muy fuerte la presencia de esta propuesta, dentro del proceso general de modernización que se dio en la educación superior nacional luego de los hechos de 1968.

Pueden señalarse como hitos en este campo la fundación por ley de la Universidad Autónoma Metropolitana, en el año 1975; y, en el mismo año, editado

* Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo Mendoza, Argentina. **Correo electrónico:** robfollari@ciudad.com.ar

por la ANUIES (Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior), la difusión del libro *Interdisciplinarietà*, de origen principalmente francés y traducido al idioma castellano (Apostel 1975). La Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) se planteó, en sus tres unidades iniciales, situadas en diversos sitios del Distrito Federal, trabajar interdisciplinariamente, pues ello estaba fijado en el modelo explícito de su ley constitutiva. El libro sirvió para difundir como una innovación deseable para toda la educación superior mexicana, la actividad interdisciplinaria.

Eran tiempos de enorme renovación en la educación superior de México. Tras la represión violenta de 1968, se había hecho decisivo para el Estado (por

Como punto fundamental, es preciso comprender que la interdisciplinarietà no constituye un ataque a las disciplinas, sino una manera de enriquecerlas y sacar más beneficio de sus aportaciones

aquel entonces prácticamente superpuesto con el PRI, Partido Revolucionario Institucional) reasumir buenas relaciones con las clases medias con presencia en la Universidad. De tal manera, se produjo un proceso de renovación —dentro del sexenio de gobierno de Luis Echeverría— verdaderamente notable, con una multiplicación del presupuesto que llevó a la creación de nuevas instituciones (por ej., el sistema de Institutos Tecnológicos), la mejora salarial y de servicios para docentes, el aumento de las prestaciones a nivel de acceso a revistas, posi-

bilidades de publicación, financiamiento para asistencia a congresos, tecnología básica para copiar documentación, etc.

Se trató, entonces, de una fuerte promoción, la cual se vio reforzada a nivel de investigación y docencia por la llegada de importantes contingentes de exiliados políticos de América del Sur, los cuales enriquecieron el debate que ya se daba en México sobre la necesidad de nuevas condiciones políticas para toda Latinoamérica, a la vez que encontraron plataforma para la denuncia de las condiciones de barbarie que se vivían en sus países de origen.

Estas medidas del Estado mexicano hacia las universidades, se complementaron con una puesta al día en los procedimientos. Expertos en planeación y programas de estudios se instalaron en las direcciones universitarias, a la vez que la departamentalización de las universidades y la búsqueda de la interdisciplina (en investigación y/o docencia) se fueron imponiendo paulatinamente como las *innovaciones* principales del período.

Huelga señalar que este fondo político sobre el que se dibujó el proceso de modernización universitaria, da a entender que en el mismo florecía más la

necesidad de legitimación de los procesos políticos y de gestión en curso, que la ortodoxia epistémica o conceptual en cuanto a tener en claro a qué se apuntaba con esta serie de innovaciones en curso.

De tal manera, no fue raro que algunos gestores académicos (autoridades de universidades, a menudo) creyeran que el *paquete innovador* venía aunado a alguna forma de coherencia epistémica *a priori*, que llevara a que todos sus diversos componentes —por cierto que independientes entre sí en su origen— se hicieran compatibles y armonizables en un conjunto.

Fue el caso de la interdisciplina en relación con la departamentalización. Ambas llegaron juntas, pero no cabía que estuvieran mezcladas. Pero sí lo estaban en las mentes de los que dirigían el proceso de innovación. Alguna vez Ernesto Meneses, por entonces Rector en la Universidad Iberoamericana, se preguntó “¿por qué, si teníamos departamentos, es que no se daba la interdisciplina?” (VV.AA. 1980)¹

La pregunta suponía una inherencia tan fuerte entre interdisciplina y departamentalización, que no sólo se suponía que una favorecía a la otra, sino que más aún, debía de alguna manera producirla como su consecuencia necesaria. Por cierto que tal consecuencia no estaba ocurriendo, de modo que surgía el lamentito por la actitud de los investigadores y docentes quienes, con todas las facilidades otorgadas, no parecían estar a la altura de las circunstancias y las posibilidades.

Pero este es un buen ejemplo de cómo los supuestos teóricos ordenan a lo empírico, y no sucede a la inversa (Bourdieu 1975).² Si no se ha pensado suficientemente la cuestión, obviamente se esperarán comportamientos que no están en condiciones de darse. Los departamentos dividen —o juntan, según quiera verse— a los académicos según su filiación disciplinar. Los antropólogos se juntan con antropólogos, los físicos con físicos, los biólogos con biólogos, etc. De tal manera, lo que puede esperarse como consecuencia inmediata es exactamente lo contrario de la confluencia interdisciplinar; cada uno quedará confinado a su propio espacio de formación, y al intercambio con pares que abrevan también del mismo. No habría ningún espacio institucional en común con aquellos que provienen de otras disciplinas, de modo que las posibilidades para la interdisciplina están considerablemente limitadas.

Sin embargo, el imaginario ideológico llevaba las cosas a una visión contraria, y se esperaban peras del olmo: que los departamentos parieran la interdisciplina.

¹ La frase fue dada oralmente; no está explicitada en el texto citado pero sí se plasma en él la concepción del autor.

² Sobre esto abunda la epistemología de Gaston Bachelard, y ha sido desarrollado a los fines de la investigación social en el clásico libro citado de Pierre Bourdieu (1975).

Como esto no sucedía, cabía poner la mira en los investigadores y docentes, y hacerlos responsables del fracaso de la expectativa; según los gestores, sucedía que los académicos gozaban de condiciones ideales, pero no estaban acostumbrados aún a las exigencias singulares de la experiencia interdisciplinar.

En parecido sentido se dirigía la queja de que los profesores no lograban estar a la altura de la empresa interdisciplinar, porque todos se habían formado disciplinadamente. Con ser esto último cierto, si se esperaba una formación interdisciplinar previa para poder practicar lo interdisciplinar, prácticamente la premisa hacía imposible su propio cumplimiento, pues es obvio que la formación de los científicos seguía siendo disciplinar, de modo que ello llevaba el razonamiento al infinito de un eterno retorno de lo mismo, que impediría que lo interdisciplinar se efectuara.

Otro mito muy socorrido es que existe una correlación férrea entre la interdisciplinariedad y las actitudes “de avanzada” o de izquierda

miento al infinito de un eterno retorno de lo mismo, que impediría que lo interdisciplinar se efectuara.

Pero cabe, más que asumir lo erróneo de estas expectativas, comprender por qué ellas se dieron. Faltó precisión para pensar las condiciones que harían posible lo interdisciplinar; en general, tales condiciones surgían de una fuerte presencia de lo imaginario en quienes las pensaban; allí no triunfaba el concepto, sino más bien expectativas desmesuradas y poco racionalizadas.

Lo cierto es que en aquella primera visita de lo interdisciplinar, se estuvo más cerca de la fantasía que de la reflexión sistemática sobre qué condiciones podrían hacer posible esta forma de trabajo.

Y no caben dudas de que la *ideología*, en un sentido amplio de la misma, estaba presente; producía la expectativa de que la realidad se acomodara a una posibilidad de cumplimiento, donde el deseo tenía mucho peso. Se trataba de que por fin la Universidad se mostrara dentro de parámetros de alta eficiencia y competitividad, y de que lo interdisciplinar constituyera la entrada regia a todo ello.

Tal expectativa no podía satisfacerse; en las premisas mismas se daba la imposibilidad de tal logro. Por ello pudimos, en aquella época, manifestarnos con cierto escepticismo acerca de la cuestión (Follari 1982).³ Generalmente la reflexión estaba ausente de la expectativa sobre el tema, y reinaba un manto de sentido común preestablecido y confuso, ligado a la idea de modernización eficientista y exitosa.

3 Ver especialmente los caps. 1 a 3.

Lo cierto es que, así como había surgido el momento de auge de la interdisciplina (por cierto, más en lo discursivo que en el plano concreto de las realizaciones) éste pasó, y siguieron tiempos de olvido. Finalizó aquel momento histórico de la primera modernización tecnocrática de nuestras universidades en Latinoamérica, y con ello pasó también el auge del repertorio de *innovaciones* que le habían estado asociadas.

Así, en los tardíos años ochenta la cuestión quedó fuera de repertorio, y no se volvió a hablar de la misma. Había desaparecido de la “episteme” (como la llamaba el primer Foucault) del horizonte socio-discursivo de lo pensable. Y tan fuerte como había sido su vigencia, se volvió luego el manto de silencio.

¿Retorno de lo reprimido?

Contra cualquier expectativa basada en una concepción lineal de decurso del tiempo, lo interdisciplinar reapareció luego de unos años. A mediados de los años noventa volvió a hablarse de la cuestión.

Y esta vez llegó para quedarse. Pudimos pensar que se trataba de una nueva moda pasajera, de un nuevo y efímero paso por la pasarela de la presunción académica. Intuíamos un éxito momentáneo como el anterior, y la futura imposibilidad de sostenerse más allá del fulgor de lo momentáneo.

Pero no fue éste el caso. Sorprendentemente, la interdisciplina sigue apareciendo con fuerza en la postulación académica, a más de una década de su reaparición. Reaparición que, además, ha gozado ahora no sólo de mayor permanencia, sino de mayor intensidad que aquella de la primera oleada de los años setenta.

Quizá haya contribuido el hecho de que en el Cono Sur ya no hay dictaduras, de modo que las novedades científicas atraviesan todo el Continente, y se despliegan en un territorio muy vasto. Quizá sea que los desarrollos han sido mejor planteados, y por ello no se los ha podido borrar con la velocidad de la situación anterior. Quizá incluso, que la condición histórica posmoderna⁴ (Lyotard 1980) (Jameson 1996) —ligada al capitalismo globalizado de predominancia financiera— ofrece las condiciones culturales por las cuales lo interdisciplinar puede florecer con mayor facilidad, al menos en su condición de promesa atractiva.

Lo cierto es que estamos ante esta segunda oportunidad de lo interdisciplinar, que repite —y a la vez no lo hace— la condición anterior. La historia no

4 Sobre lo posmoderno es muy amplia la bibliografía, a destacar: (Lyotard 1980). Una visión crítica desde el marxismo se puede ver en: (Jameson 1996); sobre el fenómeno en América Latina ver: (Follari 1990).

se auto calca, pero tampoco es cada vez tan inédita como para no resumir aspectos del pasado; de tal modo, no estamos repitiendo capítulos de la misma historia, pero tampoco nos hallamos pisando un campo por completo original dentro de la práctica académica, tanto latinoamericana como planetaria.

Es verdad que el suelo cultural desde el cual hoy se habla es otro. Lo posmoderno, en los años setenta, no se había desplegado todavía entre nosotros. Por ello, la cultura de la hibridación y la mezcla no se había impuesto, con lo que ello importa en relación a legitimar las experiencias interdisciplinarias. Tampoco la *paralogía* (Lyotard 1980) había alcanzado un lugar dentro de la producción científica. Esta noción de ir contra las reglas preestablecidas, de “inventar” de una manera contraria a las expectativas y a los estereotipos, no existía todavía. La ciencia corría por caminos más predecibles, en algún sentido los señalados por Kuhn en su célebre obra máxima (1970): se trataba simplemente de resolver acertijos dentro de normas que no son sometidas a discusión, practicando aquello que él denominó “ciencia normal”.

Es el mismo desafío que el de los años setenta y a la vez es otro, entonces, en tanto el horizonte de la cultura desde entonces se ha modificado. Pero si alguna certidumbre se hace evidente es la de que las preguntas por entonces irresueltas, tanto en lo ideológico como en lo epistemológico, todavía hoy continúan vigentes.

No toda interdisciplina es de izquierdas

Un sentido común acendrado nos hace pensar en la interdisciplina como ideológicamente progresista. Ella está presente en discursos de teóricos que están del lado de las propuestas anticapitalistas (Wallerstein, González Casanova, Boaventura de Sousa Santos, los “decoloniales”, etc.), de modo que estamos acostumbrados a imaginarla como “naturalmente” cercana al discurso crítico hacia el sistema social dominante.

Sin embargo, estos no fueron los inicios de la interdisciplina; por el contrario, ella formó parte de aquel paquete modernizador post-68, relegitimador del dominio capitalista. No sólo en México, sino también en Francia y en Europa toda. La interdisciplina formó parte, muy claramente, de un conjunto de medidas tranquilizadoras de la conciencia estudiantil tras los movimientos de finales de los años sesenta. El libro publicado por ANUIES es claro al respecto, al certificar que las reuniones realizadas para extender y promover la interdisciplina se hacían bajo la clara advocación de que había que calmar la protesta estudiantil, y finalizar con el predominio de la conciencia anti-sistema.

Por otra parte, la interdisciplina ha mantenido hasta nuestros días también ese rostro *pro-establishment*, incluso en formas aún más abiertamente pro

empresariales y anti académicas. Es lo que podemos advertir en la conocida propuesta de Michael Gibbons (1994), publicada hace ya unos 15 años; no se sabe si este texto es normativo o descriptivo, además de que predica una asepsia y ecuanimidad con las que no cumple en ningún momento. Allí se opone un “buen” modo 2 de producción de ciencia a un “mal” modo 1; el 2 sería el que habría que asumir en los nuevos tiempos históricos, acordes con el avance tecnológico contemporáneo y al predominio neoliberal del mundo del mercado, que por entonces se desplegaba a pleno también en América del Sur. En cambio, el modo 1 sería obsoleto, propio no de las empresas sino de las universidades; no atendería suficientemente al contexto de aplicación de la investigación, que es lo que desvela a los partidarios del modo 1. Se trata de pragmatizar generalizadamente el conocimiento, de ponerlo todo al servicio de la empresa y la ganancia privada; para ello se apela a lo interdisciplinar, en tanto esto se verifica a menudo en el conocimiento aplicado (algo que no explica directamente el texto de Gibbons, pero que en términos de epistemología implica asumir lo concreto como “síntesis de múltiples determinaciones”, y por ello como espacio donde el “objeto real”, para ser modificado, exige la apelación a diferentes “objetos teóricos”) (Bourdieu 1975).

El texto de Gibbons es fuertemente prescriptivo, e intenta convencernos de lo perimido de la apelación al espacio académico, a la universidad y a la teoría en general. Prácticamente sustituye el espacio universitario por el de la empresa, y la investigación explicativa por la exclusivamente aplicativa en sentido operativo-tecnológico.

Tamaño decisión es clara en cuanto su exclusión de los saberes críticos; la teoría en general se deja fuera, pues nula es la suerte que se asigna a aquello que no sea inmediatamente útil. Pero peor será la de aquello que se oponga a la reducción operativizante, de modo que cualquier posición ideológicamente adversa a lo presente en el capitalismo de libre mercado puro, será expulsada del discurso, excluida por completo.

Es de subrayar que la apelación a la interdisciplina es fuerte durante todo el libro de Gibbons, y está expuesta como una de las sustantivas ventajas que se asigna al modo de producción 2 por sobre el 1.

De modo que, si los orígenes de la interdisciplina no fueron de izquierda sino más bien lo contrario (se trató de hacer reformas preventivas para enfrentar a la radicalización ideológica de los estudiantes), hay que asumir que en el presente continúan dándose esta clase de posiciones que promueven una interdisciplina ligada al mundo tecnocrático y empresarial, utilitarista y anti-teórico, de neto corte liberal-conservador en el plano ideológico.

Quizá esta afirmación no sea singularmente novedosa, pero en todo caso se enfrenta a un acendrado sentido común según el cual la interdisciplina de por

sí implica progresismo ideológico. Hay quienes sostienen, de manera explícita o implícita, que porque son de izquierda son interdisciplinarios, o porque son interdisciplinarios ellos son de izquierda. Y resulta evidente que no existe una intrínseca interrelación entre estos dos términos. Lo cual, por supuesto, de ningún modo significa que ellos sean incompatibles; pero sí certifica que no son necesarios el uno al otro.

Esto hace también al conocido —al menos en México— “modelo UAM-Xochimilco”; se puede asumir que éste tiene intenciones de superación de las modalidades tradicionales de la enseñanza, pero no es obvio que necesariamente funcione de manera ideológicamente rupturista, en tanto la reducción del conocimiento a su relación con la práctica disminuye las posibilidades de la abstracción y de la unificación coherente del objeto teórico de las teorías que se aprenden.⁵

Según lo dicho, la interdisciplina por sí misma no da garantías de progresividad ideológica; habrá, en todo caso, que saber de qué clase de programa interdisciplinario concreto se trata, de cuáles son sus características epistémicas, conceptuales, de contexto y de aplicación.

Y para abundar más, por cierto que en las posiciones de, por ej., I. Wallerstein sobre este tema, no deja de haber problemas. El autor de la teoría del sistema-mundo recoge el primer internacionalismo de Marx, mostrando que las formaciones sociales nacionales no son las unidades de análisis que debiera asumir la teoría social; y, en consonancia con el autor judeo-alemán, entiende que no debiera dividirse el objeto “sociedad” en un análisis mutuamente aislado de lo político, lo económico y lo “social”. Por ello no estaría autorizada la división entre Sociología, Ciencia Política y Economía, estando esta última obligada a reformularse en los términos clásicos de “Economía Política”.⁶

Lo curioso es que, en el mismo movimiento (es decir, en el mismo espacio argumentativo) este autor (Wallerstein 1998) nos confunde, al asumir el caso de los *cultural studies* como si estuviera en confluencia con lo que acabamos de reseñar. Los estudios culturales son un tipo de asunción de lo social que ha rechazado expresamente la noción de “totalidad”, tanto a nivel nacional como a nivel del capitalismo mundial; y se ha dedicado a estudios “micro” ligados a la

5 Esta es una crítica que, basada en la epistemología de Bachelard, hemos podido hacer en alguna ocasión en relación a la modalidad modular de planes de estudios de la UAM-Xochimilco (México D. F.), institución que ha reflexionado con ejemplar detalle su propia historia, pero rara vez ha asumido la posibilidad de alguna fisura en el modelo mismo.

6 Para el marxismo, separar estas esferas (política, económica, social) impide captar la mutua constitutividad entre ellas, haciendo percibir a la política como independiente de la economía, o a ésta como independiente de la política. En todo caso, la distinción entre estos espacios debiera ser sólo analítica, y no ser presentada como sustantiva.

acción de movimientos sociales específicos, lo cual los aleja definitivamente del marxismo, así como de la lucha estructural por el poder del Estado.

De tal modo, la justificación que estos estudios hacen de la interdisciplina es enormemente diferente de la de Wallerstein; en ellos se trata más bien del juego, el azar, la incertidumbre, el caos. Se trata de retar a la idea de disciplina, pero no sólo en el sentido de unidad de espacio institucional u objetual, sino también en el de esfuerzo sostenido, el de sistematicidad y proceso metódico.

De modo que en estos casos, la interdisciplina es simplemente entendida como elogio de cierto desorden cognitivo, un abandono de los cánones sistemáticos, un espacio para lo lúdico y lo experimental, que se enfrentaría a la clásica sistematicidad de la ciencia moderna.⁷

No cuesta advertir que esto muy poco tiene que ver con la posición de Wallerstein, quien hace una extraña “inferencia por el predicado”; si el marxismo es interdisciplinar y los estudios culturales también lo son, entonces marxismo y estudios culturales tendrían alta consistencia entre sí. Lo cual, obvio es subrayarlo, constituye un error lógico de importancia.

Un párrafo aparte merecen los estudios post-coloniales latinoamericanos, hoy rebautizados por sí mismos como “decoloniales”.⁸ En ellos se hace fuerte defensa de lo interdisciplinar, al punto de denominar a uno de sus libros con el título “Teorías sin disciplina” (Castro-Gómez y Mendieta 1998). Al margen de la justificación por vía de la supuesta superación del poder académico departamental —cuestión a que nos referiremos a continuación— se propone una “epistemología otra” que socavaría las presunciones del pensamiento occidental en nombre de los colonizados (negros, indios, etc.). No es lugar aquí para una crítica integral de esta posición (formulada por blancos desde universidades occidentales y escribiendo a menudo en inglés, otros textos en castellano pero nunca en quechua, por ej.) que sopla al colonizado su propia voz, poniéndola en manos de quienes rechazan a

La interdisciplina entendida como simple ruptura de los sistemas clásicos de la ciencia, con la consiguiente imposición de rigideces y limitaciones, pasa por alto las posibilidades infinitas de “fertilización cruzada” entre las ciencias

7 Se encuentra una versión muy elocuente en un artículo donde se compara la epistemología de lo interdisciplinar con la del *shopping mall*, en contra de lo disciplinar como almacén barrial; tan insólita extrapolación se puede ver en: (García Canclini 1998).

8 El neologismo pertenece a E. Dussel, quien mantiene una relación con el marxismo que no es mayoritaria entre quienes participan de esta tendencia (Moreiras, Escobar, Beverley, Castro-Gómez, Mignolo, Coronil, etc.).

la episteme occidental sin poder salir de la misma, a la que pertenecen —pertenece— irremisiblemente.

En todo caso, estos autores pretenden situarse por fuera de los criterios epistemológicos propios de la ciencia occidental, lo cual los haría ni disciplinares ni interdisciplinares, sino a-disciplinares, por lo menos en el significado habitual que solemos asignar al término “disciplina” dentro del pensamiento occidental en el cual estamos ubicados.

Ya en nuestros propios términos, las presunciones interdisciplinares en este caso no se cumplen, pues no hay una asunción precisa de qué disciplinas vienen a cuento, qué aporta cada una, y en qué dirección epistémica —necesariamente parcial— se establece la ligazón entre las diferentes disciplinas concurrentes. Asumido por nuestra parte que son teorías occidentales que pretenden hablar en nombre de lo no-occidental (contra la auto interpretación que asumen de ser intérpretes de la otredad cultural), en todo caso no hay en su constitución el cumplimiento de premisas que califiquen su producción de interdisciplinar.

Como puede advertirse, tampoco en quienes se presumen con un pensamiento crítico, la cuestión está conceptualmente saldada. No profundizaremos aquí —pues ya lo hemos hecho en otro sitio— acerca de los estudios culturales, los cuales carecen de toda reflexión epistemológica específica sobre una interdisciplina de la que siempre se jactan pero nunca justifican (García Canclini 1998). La interdisciplina no será simplemente que un autor hable de todo un poco, o que se pueda, por la ambigüedad del objeto a analizar, participar un poco de comunicación y otro de literatura, algo de sociología y una pizca de antropología. Eso tiene mucho de transversalidad y, a veces, también de indefinición, pero en todo caso está más por debajo de alcanzar la disciplinariedad, que “por encima”, en dirección a alguna síntesis superadora de lo disciplinar.

Tristezas del departamento

Por alguna razón poco comprensible, algunos identifican el poder académico con la división departamental del conocimiento. Se asume que la verticalidad que pueda existir en la administración académica es propia del régimen departamental, lo cual es un contrasentido para países como la Argentina, para el cual la departamentalización generalizada de las universidades sería sin dudas altamente favorable, frente al vetusto régimen de las cátedras y su enorme cerrazón, además de su fuerte jerarquización interna.

En todo caso, se asume que la departamentalización compartimenta, divide, impide acercamientos. Obviamente que clasifica a los docentes, y por tanto los diferencia y divide; lo cual no debiera ser visto como un defecto, pues nadie

podría concebir una academia sin clasificación alguna, donde todos estuvieran mezclados con todos en un espacio sin ordenamiento de algún tipo (por cierto que un “desordenamiento espontáneo” sería sin dudas un modo de ordenar arbitrariamente, pues cada uno estaría en un sitio, al lado de unos y no de otros, etc., como necesariamente ocurre a cualquier división en territorios).

Lo cierto es que desde la versión auto celebratoria propia de los estudios culturales⁹ es común hablar de una pretendida superación de los departamentos; cabe también encontrar algo similar en el mismo Wallerstein, de quien podría esperarse una versión más matizada al respecto.

Crear que la interdisciplina trae como efecto superar los departamentos es confundir una cuestión epistemológica con otra de organización de la gestión académica; si bien ambas guardan relación entre sí, no son lo mismo.

Por ello, podría contarse con una organización departamental, y sin embargo disponerse espacios o programas específicos interdisciplinarios; nada lo impide. Dijimos más arriba que esperar de los departamentos una “natural” consecuencia interdisciplinaria es erróneo; pero también lo es suponer que no puede hacerse, cuando existe la organización por departamentos, institutos especiales que sean interdisciplinarios, o simplemente programas o proyectos que lleven a que los académicos de diversas áreas de adscripción se reúnan singularmente en torno de estas actividades específicas. De los departamentos por sí solos no surge lo interdisciplinario, pero si se atiende específicamente a esto, se pueden compatibilizar parcialmente ambas situaciones.

Pero en cuanto a lo que estamos desarrollando (el tema del poder académico), si en vez de dividir a los investigadores entre los sociólogos, los antropólogos, los científicos de la política, etc., los dividimos, por ejemplo, según estudios africanos, estudios americanos y estudios asiáticos (lo que podría ser una cierta división por vía interdisciplinaria, pues en “estudios asiáticos” habría politólogos, sociólogos, etc., como también en “estudios africanos” y así en otros homólogos), ¿qué sucedería? ¿Serían estos espacios más democráticos, más participativos?

No es para nada evidente. La división interdisciplinaria del trabajo académico puede ser tan jerárquica y poco democrática como la disciplinaria; la cuestión de la democracia académica tiene poco que ver con estas cuestiones. Y es de sospechar que la apelación a la supuesta superación del poder académico por parte de quienes nada estarían haciendo por socavarlo efectivamente, es una cortina de humo con el fin de asumir su propio poder académico, ahora en nombre de la interdisciplina. Eso es lo que hicieron los *cultural studies* en Latinoamérica; en

⁹ Sobre este notorio rasgo auto celebratorio de los *estudios culturales* (García Canclini, Martín-Barbero, Rossana Reguillo entre otros), ha abundado Carlos Reynoso (2000).

nombre de atacar al poder de la disciplina, ocuparon los lugares de casi todas las disciplinas a la vez. Ello, y es de destacar, sin acabar para nada con el ejercicio disciplinar y su modalidad de organización académica, a la que los estudios culturales dejaron por completo sin ser tocada.

La interdisciplina no garantiza, por sí, modos más democráticos de trabajo académico. Puede combinarse con esos procedimientos democráticos, pero hay que impulsar a éstos por sí mismos. Dejar que sean una especie de “consecuencia natural” de la actividad interdisciplinar sería por completo estéril. Se trataría de esperar el paso de un carruaje que nunca veremos trasladarse frente a nosotros.

Qué interdisciplina es posible

Luego de todo lo antedicho, ¿es posible la interdisciplina? A nuestro juicio lo es, además de que resulta necesaria. En la medida en que se complejizan los avances teóricos, resulta siempre interesante y promisorio poner en común logros de disciplinas diversas, a partir de la relación de cada una con las otras.

Además, al margen de esa interdisciplina teórica está también la aplicada, la que tiene que ver con campos concretos de funcionamiento operativo. Esta última acaece también en el plano teórico y de la investigación, si bien en este caso relacionados a campos de transformación: nuevas tecnologías informativas, planeamiento urbano y territorial, planeamiento ambiental, gestión en salud, entre muchas otras áreas posibles.

Es momento, en el devenir de nuestra escritura, de determinar qué significamos cuando nos referimos a interdisciplina. Valdrá para ello diferenciarla de multidisciplina y transdisciplina, acorde con lo que clásicamente se viene estableciendo sobre el tema.¹⁰

Entendemos por **multidisciplina** la aplicación a una temática de aportes de disciplinas *científicas* diversas, sin que se mezclen los contenidos de las mismas.¹¹ Por ejemplo, hacer un estudio acerca del estado de Michoacán en México, desde la Sociología, la Antropología, la Geografía Física, la Historia, la Economía,

¹⁰ Ver: (Apóstel 1975) sobre todo el texto de Jean Piaget que allí se incluye. En nuestro caso, usamos las nociones de *transdisciplina* y de *interdisciplina* de manera mutuamente invertida en sus significados en relación al modo en que más se las suele usar hoy; obviamente, son denominaciones convencional/arbitrarias.

¹¹ Quiero destacar que me refiero exclusivamente a disciplinas *científicas* o *científico-aplicativas* (de estas últimas son ejemplos Ingeniería y Trabajo Social, entre otras). No incluyo a disciplinas artísticas; la mezcla con estas últimas para nada es imposible o infecunda, pero no viene ya a constituir una actividad científica. O mejor dicho, podría ser científica sólo bajo premisas explícitas de seguir finalidades de esa índole.

etc., cada una por su parte. Podría dar lugar a una posterior publicación, donde cada artículo fuera redactado por un especialista de estas diversas disciplinas participantes. No hay relación sistemática entre los aportes diferenciados de estos investigadores.

En cambio, entenderemos por **transdisciplina** la aplicación de modelos, técnicas, categorías, etc., de una disciplina científica en otra u otras. Se trata de cómo desde una disciplina se aporta a otras a partir de exportar elementos propios, los que al ser retomados por otras disciplinas tienen que ser releídos en cuanto a la especificidad de su singular objeto. Un caso típico en ciencias sociales fue el del estructuralismo francés, donde desde la Lingüística se configuraron nociones que permearon luego a la Semiología, la Antropología, el Psicoanálisis, e incluso la teoría social marxista.

Y por **interdisciplina** entendemos que modelos, leyes, categorías, técnicas, etc., provenientes de disciplinas científicas diferentes, se mezclen entre sí para promover un **conocimiento nuevo**, un producto que resulte diferente de lo que existía en las disciplinas que contribuyeron a configurarlo.

Esto dejaría claro que para nosotros lo interdisciplinar es una construcción, implica un complejo proceso de constitución y configuración que exige a disciplinas que se han mantenido históricamente diferenciadas, hacerse capaces de sintetizar aspectos determinados de sus teorías, métodos y desarrollos en general, consiguiendo así una integración mutua en relación a propósitos prefijados (no, por cierto, *cualquier* integración que pudiera concebirse sino *una determinada*, acorde con ciertos fines cada vez preestablecidos).

Ante problemas sociales cada vez más difíciles de resolver (los grandes espacios urbanos como es la ciudad de México, los temas sobre seguridad ciudadana y narcotráfico, el problema de un planeta con recursos naturales limitados ante una humanidad que crece, la cuestión energética ante el cambio de tecnología que ella prefigura a no tan largo plazo), la interdisciplina no podría prometer resultados siempre exitosos, pero es sin duda una puerta necesaria que abrir, quizá la más esclarecedora posible frente a esta complejidad creciente. Desde este punto de vista lo interdisciplinar aparece como muy necesario y es importante desbrozar sus condiciones para obtener de allí lo máximo posible, a la vez que no esperar otra cosa que lo que efectivamente pudiera lograrse.

La departamentalización y la especialización han hecho contribuciones innegables al conocimiento y a su difusión, mismas que aportan elementos de valor a la propia labor interdisciplinaria

La interdisciplina no es antidisciplina

Lo antedicho de algún modo lo afirma: la interdisciplina supone las disciplinas, no las elimina. Esto parece una obviedad pero no lo es, dado que tanto los estudios culturales como los “decoloniales” presumen de portar nuevas epistemes que tirarían abajo todo el dispositivo del saber establecido, reemplazándolo por premisas nuevas que, lamentablemente, las más de las veces no están bien establecidas y ni siquiera son explícitas.

No queda claro qué quiere decirse cuando se imagina a *todo el saber* bajo premisas diferentes de las disciplinares. ¿Se trataría de unir los conocimientos según campos operativo-prácticos y no teóricos, es decir, de intentar reemplazar la teoría por la realidad misma, como si tal opción fuera realizable? ¿Se trataría, en consecuencia, de sostener “estudios de la vejez” o “estudios de la juventud”, “estudios agrarios” o “estudios urbanos” como forma de organización primera del conocimiento, ésa que se expresa en los estudios profesionales a nivel de grado?

En tal caso los estudiantes no sabrían Sociología, ni Economía, ni Demografía o Psicología sistemáticamente, sino pedazos de cada una de estas disciplinas, según cómo los mismos se aplicaran al “objeto real” de que se trate, por ej. la juventud.

Es de imaginarse en qué condiciones estarían estos estudiantes de grado que, en vez de cuatro o cinco teorías alternativas, se encontrarían con veinte o treinta, conocidas todas menos que a medias en intensidad, y también de a reazos que lesionan su unidad como espacio de significación de conjunto en cada caso. Es decir, teorías no estudiadas en su extensión completa, no advertidas en su cohesión general y sólo invocadas en torno a uno de sus objetos de aplicación posible (en este caso, la juventud). O sea, teorías proliferantes y múltiples, a la vez que incompletas y difícilmente coherentizadas siquiera internamente.

El resultado no es difícil de predecir; como ejemplo no único, los estudios de Comunicación Social están cerca de esta condición actualmente (al margen de que quizá no exista otra posibilidad para su condición epistémica, por tratarse precisamente del estudio de un “objeto real”, diseñado desde el campo operativo y no desde el de la disquisición académica).¹²

La anti-disciplina pretende reemplazar el orden de la teoría por el de la realidad empírica misma, lo cual es un dislate imposible de sostener. Si alguien, en cambio, cree que se trata de promover un orden teórico diferente al de las disciplinas, pero no repetidor del orden empírico, cabría preguntarle cuál es la ventaja que ofrece ese procedimiento; porque el mismo implicaría teorías dife-

12 Hemos expresado algunas de nuestras nociones sobre la cuestión epistemológica de las Ciencias de la Comunicación, Ver: (Follari 2000).

rentes sobre diferentes campos de análisis, a la vez que la posibilidad de diferentes teorías sobre el mismo campo empírico, con lo cual tendríamos reproducida la diversidad del campo disciplinar en uno nuevo que se resistiría a denominarse disciplinar, pero que no estaría demasiado lejos de esa lógica. ¿O acaso esa pluralidad podría no tener clasificación interna, estar abierta a una especie de indistinción generalizada, o a una diseminación desordenada de discursos sin ningún ordenamiento ni especificación mutua?

El goce de suponerse por fuera de las disciplinas, supone la existencia de éstas. Desaparecidas las mismas, la operación antidisciplinar carece de todo sentido transgresor. Por ello, las “teorías sin disciplina” son dependientes de la existencia de las disciplinas, y alcanzan su autoafirmación en oponerse a las mismas.

Y, en verdad, es de entender que nunca podrían existir sin ellas. Dado que la pretendida liquidación de lo disciplinar —que a menudo supone, como ya dijimos, una liquidación lisa y llana del ordenamiento teórico— se beneficia de un “efecto *a posteriori*” que es sutil, pero muy esperable, en quienes se formaron sistemáticamente dentro de campos disciplinares.

Para estos académicos, resulta desafiante romper con aquello en lo que se formaron. La negación de lo que se ha vivido puede antojarse como una superación. En tal caso la disciplina puede percibirse como una cerrazón innecesaria, autoritaria, antojadiza.

Pero esta percepción se produce por el “efecto escalera” del que alguna vez habló Wittgenstein. Quien se subió al techo, ya no requiere la escalera. Y puede prescindir de ella, suponiendo que también pueden prescindir igualmente los demás (pues los que llegaron al techo han *naturalizado* su propia experiencia desde su singular *habitus*).

Es decir, quienes pasaron por lo disciplinar pueden advertir sus problemas y limitaciones frente a problemas complejos, en los que ninguna disciplina por sí sola da solución (ya sea en investigación, en docencia o en gestión operativa). Pero los que no pasaron por la disciplina están muy lejos de poder concebir esos límites, y ellos sólo podrían serle concebibles si pasan previamente por esa experiencia de lo disciplinar que quienes ya la vivieron pueden ahora demeritar.

Lo interdisciplinar es definidamente un “inter”, donde se mezclan, se combinan elementos pertenecientes a disciplinas previas. Imposible mezclar lo que no existe; sin disciplinas no hay interdisciplina. Esta tiene a aquellas como su materia prima imprescindible.

Una construcción paciente

¿Qué interdisciplina puede llevarse a cabo? Como ya hemos señalado, a nivel de investigación puede ubicarse en los más altos planos de la teoría (como se reflejó en el seminario de Levi-Strauss sobre la identidad, en el cual hubo desde matemáticos hasta semiólogos), o en el plano de la explicación de fenómenos de complejidad creciente, como los de la planificación de las grandes urbes, la cuestión de las comunicaciones, el transporte, el ambiente, la energía, la salud, etc.

No analizaremos aquí la denominada “teoría de la complejidad” planteada por Morin, pero sí queremos hacer dos salvedades a su respecto: 1. La denominación de esta teoría es obviamente equívoca y cuasi-publicitaria, pues transforma automáticamente, por vía de un par semántico auto establecido de opuestos, a todas las demás teorías en “simples” o “simplistas”. Sin duda que lo complejo puede ser pensado desde otras concepciones, no sólo exclusivamente en la denominada teoría de la complejidad; 2. La complejidad jamás debiera operar, de manera subrepticia, como reducción de la diversidad a algún principio único de intelección aplicado a diferentes espacios epistémicos. Hay “complejidades” modulables no sólo por diferencias de objeto, sino también por diferencias teóricas de aproximación a un objeto determinado; por tanto, nunca lo complejo podría ser un principio general puesto por encima de las singularidades, que homogeneizara a éstas de alguna manera.

Asumido lo anterior, ello se hace más patente si pensamos en la teoría kuhniana de la inconmensurabilidad inter-teórica.¹³ Por ésta se suponía inicialmente una cuasi incomunicación entre paradigmas pertenecientes a la misma disciplina. Esta versión extrema fue modulada y atenuada luego, según la concepción sobre “inconmensurabilidad local” sostenida hacia el final de su vida por este autor. Esta versión modificada mantenía, sin embargo, que **siempre** se produce efecto de inconmensurabilidad entre espacios teóricos diferentes (a los que, buscando precisión, dejó de llamar “paradigmas” para denominarlos “teorías”); y también que la inconmensurabilidad resulta irreductible a cualquier noción simplista de comunicación transparente, en la que late la ilusión idealista de armonía universal preestablecida.

Por tanto, para Kuhn —no un posmodernista empedernido sino un historiador de las ciencias físico-naturales, muy apegado a éstas— la comunicabilidad entre teorías es problemática y parcial (aún considerando que él la plantea sólo dentro de teorías pertenecientes *a la misma* ciencia). Y, por ello, nunca es plena y siempre se hace con márgenes necesarios de desentendimiento.

¹³ Ver el cap. 10 de Kuhn (1970); la modificación hacia la noción de *inconmensurabilidad local* se puede ver en (Kuhn 1989).

Ahora bien, si esto es cierto respecto de teorías comprendidas por una misma disciplina, cuánto más lo será entre teorías pertenecientes a disciplinas diversas. La brecha de inconmensurabilidad es en estos casos mucho mayor. Es por ello que, cuando los que han estudiado ciencias diversas se juntan, no se produce un acomodamiento de los conocimientos diversos hacia una especie de rompecabezas que se volviera a unir, sino, por el contrario, un símil de la Torre de Babel: son lenguajes diferentes hablando sobre asuntos diferentes. Por ello, presentan un margen alto de dificultad para la comunicación mutua, y sin que se tienda a ninguna unidad cognitiva providencial que alguien ingenuamente pudiera esperar.

Por cierto que no creemos que las disciplinas estén establecidas en algún indiscernible dibujo natural del mundo. Son, también ellas, construcción social e histórica. Por esto mismo, se sigue que la incompatibilidad lingüística no parte de algún arcano natural de inaccesibilidad mutua entre lenguajes, sino de una heterogeneidad que es históricamente construida. Es, por ello, pensable que sea al menos parcialmente deconstruible.

Y allí reside el trabajo de lo interdisciplinario. Un trabajo que compete a los **grupos** interdisciplinarios, como quizá ya hemos dejado entrever. Lo interdisciplinario no puede ser tarea personal; por más que alguien sepa de muchas disciplinas —aunque difícilmente pudiera conocer bien a todas— no podría por sí solo construir síntesis que suponen superar el punto de vista singular desde el cual inevitablemente cualquier sujeto personal se erige. Des-centrarse de un punto de vista singular es decisivo en este proceso; y ello supone al grupo y se da sólo como efecto del mismo, lo cual destrona al sujeto singular de la posibilidad de producir interdisciplina *per se*.

Es más: cuando un grupo interdisciplinario trabaja larga y pacientemente en la construcción de un lenguaje mínimamente común a sus miembros, ninguno de éstos “se lleva la interdisciplina a su casa”. Ninguno puede, en lo personal, reproducir el efecto de conjunto; es obvio que la visión individual estará teñida de la singularidad de la propia formación profesional, y por ello es imposible que reproduzca la des-centración que es fruto de la producción de conjunto, aun cuando esté participando de la misma.

*La interdisciplinarietà
comparte con la democracia
el hecho de priorizar lo
colectivo sobre lo individual;
como consecuencia,
involucra paciencia y tiempo,
algo que las estructuras
políticas y administrativas
pueden encontrar
incompatible con sus
propios ritmos*

Es obvio que esta producción exige paciencia, y es necesariamente lenta. Ir superando las diferencias lingüísticas (que reflejan diferencias conceptuales) no es nada fácil. Por cierto, no se trata de hacer una vinculación *cualquiera* de las disciplinas, como tendiendo a una finalidad indefinida; la finalidad explícita y específica establece qué es lo que se pone en relación hacia una posible conjunción. Lo demás, no viene a cuento. No se trata de una búsqueda epistemológica obsesiva que se proponga ligar armónicamente todo lo que las disciplinas hubieran trabajado; esto, además de ser simplemente imposible (dado que las disciplinas no han surgido ni se han desarrollado “juntas”, no han sido partes de una unidad que las trascendiera a cada una como para relacionarse “punto a punto” entre sí), resultaría tedioso e interminable. De lo que se trata es de ponerse en relación en torno a una cuestión determinada; eso compromete a las teorías disciplinares completas —en el sentido de que no puede entenderse “una parte” de las teorías sin relación al todo de las mismas— lo cual queda supuesto y garantizado por el conocimiento del profesional del área que forma parte del grupo. No se requiere que él lo explicita para todos los demás, salvo que alguna cuestión de comprensión lo exigiera en algún momento de la actividad.

La interdisciplina desafía al tiempo de las burocracias; es necesariamente lenta, no remite a tiempos políticos de resolución breve. Esto ha de ser tenido en cuenta siempre, pues la idea de que se está “perdiendo el tiempo” rápidamente podría asaltar a los financiadores, quienes suelen requerir algún resultado públicamente presentable como justificación de la inversión realizada.

Los grupos debieran contar con algún coordinador que funcionara en un rol cercano al de un moderador/psicólogo: dar la palabra, evitar el peso de las diferencias de prestigio asignadas a cada profesión, adecuar también a los que hablan de más o de menos en relación a lo necesario al caso (lo cual no tiene por qué ser necesariamente un “equilibrio” entre las diferentes disciplinas). Este moderador es decisivo, ya que sin su existencia la tendencia a la incompreensión mutua puede llevar a la esterilidad, el desaliento o la mutua agresión.

No serán objeto de este estudio algunos detalles adicionales, como lo serían la relación entre disciplinas y teorías (dejemos por ahora establecido que dentro de una misma disciplina, al menos en ciencias sociales, coexisten varias teorías incompatibles y en competencia entre sí); o la cuestión de lo interdisciplinar según funciones diferentes (investigación, docencia y gestión operativa), respecto a lo cual sólo nos basta afirmar por ahora que, sin cierto margen de investigación, los otros dos pasos no pueden darse; por cierto que para hacer gestión interdisciplinar hay que darse tiempo de reflexión y discusión que siempre implica cierto margen de investigación de base. Y no hay contenidos interdisciplinares que transmitir por vía docencia, si ellos no han sido previamente constituidos interdisciplinarmente por la investigación.

Para finalizar, dentro del nuevo comienzo que todo final anuncia: estos tiempos posmodernos, como tiempos de diferencia, han cobijado a lo interdisciplinar bajo nuevos ropajes. El juego, lo antimetódico, la ruptura de fronteras, la mezcla de géneros son síntomas de época bajo la advocación de los cuales algunos han pensado ahora lo interdisciplinar, imaginado como abandono de reglas rígidas y de procedimientos excesivamente codificados.

Al menos en relación con esa versión “epocal” que liga lo interdisciplinario a las características culturales de este tiempo histórico, debiera quedar totalmente esclarecido que la cuestión de la heterogeneidad y la diferencia resulta actualmente decisiva. Ninguna cuestión es tan cara a lo posmoderno como la de la diferencia, la heterogeneidad, lo heteróclito y lo irreductible al Uno.

Por ello lo interdisciplinar no podrá pasar por fuera de la asunción de las diferencias entre las disciplinas, no podría establecerse una combinación que no fuera respetuosa de la singularidad de aquello que se pone a combinar. Que no nos ocurra lo que a algunos autores que se refieren a esta época, y que a veces han recitado contradictoriamente un discurso único y repetitivo —todo el tiempo idéntico a sí mismo— sobre la crucial cuestión de la diferencia. ■

Referencias

- Apostel, Leo *et al.* *Interdisciplinarietàd*. Biblioteca de la Educación Superior. México, DF: ANUIES, 1975.
- Bourdieu, P. *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.
- Castro-Gómez, S. y E. Mendieta. *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa, 1998.
- Follari, R. «Comunicología latinoamericana: disciplina a la búsqueda de objeto.» *Fundamentos de Humanidades* 1 (2000). Universidad Nacional de San Luis.
- . *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Buenos Aires: Aique / Rei / IDEAS, 1990.
- . *Interdisciplinarietàd (los avatares de la ideología)*. México: UAM-Azcapotzalco, 1982.
- García Canclini, N. «De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio.» *Causas y azares* 7 (1998).
- Gibbons, M. (ed.). *La nueva producción del conocimiento*. Barcelona: Pomares/Corredor, 1994.
- Jameson, F. *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial, 1996.
- Kuhn, T. «Commensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad.» En *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*, de T. Kuhn. Barcelona: Paidós / ICE, 1989.

———. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.

Liotard, J. *La condizione post-moderna*. Milano: Feltrinelli, 1980.

Reynoso, Carlos. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica*. Barcelona: Gedisa, 2000.

VV. AA. *Simposio sobre Alternativas Universitarias*. México, DF: UAM-Azcapotzalco, 1980.

Wallerstein, I. *(Im)pensar las ciencias sociales*. Madrid: UNAM / Siglo XXI, 1998.